MANIFIESTO

DE D. ANTONIO DE CAPMANY

EN RESPUESTA

A LA CONTEXTACION

DE D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

divida de de sa la esquela de E B. Pet e de la lacida del lacida de la lacida de lacida de la lacida de lacida del lacida de lacida del lacida del lacida de lacida de lacida del lacid

biances, on the the residence of the bearing of the

Los contelos con que la ser un rea on diaques se la con-

OTSTITUTE TIANUETESTO

DE DE ENTONED DE CAPMANE

IN RESUDETA

A LA CONTEXTACION

OR TO MEMURE JOSEE CURVILLIA

AL SENOR DON MANUEL JOSEF QUINTANA. Secretario del Rey, primer Oficial honorario con sueldo de la Secretaria del despacho de Gracia y Justicia, Secretario de la interpretacion de lenguas, ex-Oficial primero de la Secretaría general de la Suprema Junta Central, ex-Secretario de la Cámara de la Real Estampilla, é individuo de la Suprema Junta Censoria de España é Indias, y aspirante á todo quanto la fortuna ó la diligencia proporcione á sus deseos

Luy Señor mio, y mi antiguo amigo: contra su acostumbrado y constante empeño de no contextar á sus adversarios sino con el silencio, que es uno de los géneros mas refinados de desprecio, me ha presentado V. S. al público, disfrazado con mi propia ropa, con muchas ganas de dexarme en cueros, en el papel que V. S. llama Opúsculo con el título de Contextacion á los rumores y críticas &c. firmado á lo Marco Tulio Ciceron M. J. Q., su fecha 22 de julio del presente año; bien que sin constar el lugar ni el nombre del impresor, contra el reglamento de la imprenta de que es V. S. juez conserva-

dor y censor supremo.

Ya que V. S., acaso mal aconsejado, me llama á la palestra por mi propio nombre, no puedo hacerme sordo-mudo á sus denuestos, á pesar de que yo creia que su tan notoria moderacion me ahorraria el dolor y el rubor de sacarle los trapos al sol, como dice la gente tan vulgar como mi estilo, graduado de tal en la escuela de V. S. Creí á lo menos que esta vez se serviria, como ha hecho siempre, del brazo de sus guerrilleros emboscados, es decir, embozados, por no dar á torcer el suyo baxándose á renir en persona con peones villanos. Sería porque en otro tiempo estos ataques venian para interrumpirle su carrera, como V. S. dice. Pero, bien sea que V. S. la considere ya consumada, ó que quiera estrenar su bizarría en batalla singular; de todos modos V. S. me honra, no desdeñándose su alta filosofía de combatir con la humildad de un gramático: pues ya veo que entre las hazañas de los antiguos héroes se cuentan combates con viles animales; y aun el barrido de un establo dió un gran lugar á la fama de Hércules.

Los epítetos con que V. S. me marca despues de los azotes en este su opúsculo, son los de hipócrita, negro calumniador, asesino, pirata y salteador en el mundo literario, maldiciente, crítico superficial, injusto y maniático, mero practicon y casuista en gramática, ignorante en los verdaderos principios de la metafisica del lenguage, ansioso de morder y despedazar, frenético, envidioso, dómine pedante, delator, y hom-

bre infame. Todos estos dixes me cuelga V. S. en diferentes Iugares de su opúsculo apologético, en donde, para enseñar la caridad á sus antagonistas, cita el evangelio, y nombra á Jesucristo. Sin tener yo necesidad de citar al divino Maestro en letra de molde, para no imitar la mal imitada caridad de V.S. le perdono estas injurias, menos la de envidioso. Con esto quiero castigar la muy exâltada altanería de V. S. que se ha llegado á dar la vana importancia de creerse objeto de envidia. ¿Qué podria yo envidiar en V. S. quando solo envidio hoy la dicha de los tontos? ¡Bienaventuradas gentes, que ni tienen zelos, ni los causan! Desengáñese V. S. para siempre, que de codicia y de ambicion no tengo que pedir á Dios que me libre, sino de una mala lengua y de un testigo falso, como dicen los soldados al empezar á comer el rancho.

¿ Es V. S. invulnerable? no. Inmortal? tampoco. Impecable? menos. Su salud y robustez no me hacen falta: su estam-pa, ni de mozo ni de viejo me podria quitar el sueño. Luego ¿qué se ha creido V. S. poseer que me pueda encender la envidia? ¿ Serán sus riquezas? En el dia todos estamos á racion, y yo me hallo contentisimo desde que en Sevilla la Junta Central me señaló una limosna, que baxo de esta calidad y nombre la pedí, y no sin alguna justicia, pues entre los derrotados peones que huyeron de Madrid en la madrugada del 4 de diciembre, fui uno de los pocos que llegamos, unas veces á pie y otras andando, á dicha ciudad de refugio el último dia del ano, y sin ser llamados. ¿ Serán los honores con que ha tenido V. S. que vestirse para pompearse en los paseos públicos, olvidándose de aquellos principios que tanto proclamaba en Madrid su afectada severidad filósofica? Serán sus títulos y empleos gualdrapeados uno sobre otro como sucede á la novia de aldea que se echa todo lo del cofre encima. Bien sabe V. S. pues tanto me conoce, que por genio propio mio, y por amor al sosiego que pide la vida literaria, jamas he pensado en solicitarlos, ni aun desearlos: tan léjos de esto, que hasta he procurado huir de semejante tentacion, manifestando anticipadamente de varios modos mi habitual repugnancia á los ministros que me honraban; y así me convidaban á su mesa, y alguna vez les hacia comer á la hora que me acomodaba; pero nunca me oyeron quejar de mi fortuna, y siempre me ha-Haron dispuesto á emplear en servicio de la nacion y del estado mis conocimientos, y mi zelo, muy patriótico mucho años ántes de que esta voz llegase á servir de escudo á los buenos hijos de la patria, y pudiese servir de capa á los malos. Aun viven D. Francisco Saavedra, D. Pedro Cevallos, D. Gaspar de Jovellanos, y hablaria tambien si viviera el desgraciado D. Miguel Soler, para que todos ellos puedan ates-

tiguar lo que digo. Vive el actual ministro interino de Haciendia, entonces oficial de esta secretaría, quien, movido de afecto á mi persona, vino á mi casa á darme el aviso de que se me habia consultado para una plaza de ministro de la Junta General de comercio y moneda. El dirá con que demostracion de pesar y disgusto recibí la noticia, y como trabajé para que disuadiese al ministro Soler de este empeño: al fin triunfó mi manía, que tal vez por esto, entre las gracias que V. S. me dispensa hay la de maniático: dicha plaza se dió despues al presbitero Melon. En 1800 rehusé admitir la gracia de la cruz pensionada de Cárlos III, que se me ofreció en premio de servicios político-literarios hechos al estado, pues habia una vacante. Vive aun mi compañero Don Felipe Amat, diputado en Córtes, entonces oficial de la primera secretaría de Estado, quien me dió el primer aviso confidencialmente, y sabe lo que yo respondí al oficial mayor Penuelas, entonces secretario de la Orden, que peleó largo rato con esta mi manía sin poderla vencer. Vive el Marqués de las Hormazas, en cuya casa se celebraron, baxo de su presidencia, varias juntas extraordinarias de arbitrios para aliviar al real erario, compuestas de disferentes ministros y fiscales de los Consejos: y dirá como yo asisti con nombramiento real de secretario con voto. Como V. S. es hombre nuevo en todo; y me ha provocado muy tarde, obligándome á no poderme exîmir de la vergiienza y pena de tener que hablar de mi persona; ignoro, despues de tantos años y trastornos políticos, si viven los cinco ministros de todos los Consejos que compusieron otra junta, presidida por el Consejero y Camarista de Indias D. Bernardo Triarte, para el exâmen del proyecto y execucion del fomento de Ivíza, de la qual fui nombrado tambien secretario con voto por real órden comunicada por el mismo D. Francisco Saavedra. Este mismo señor puede atestiguar, pues estaba el expediente en sus manos siendo Ministro de Hacienda entonces, el nombramiento que estaba resuelto en mi persona de secretario de la Junta suprema de nuevo gobierno civil y económico de la monarquía, presidida por el Marques de Iranda; pero por un raro caso promovido por el mismo marques, se paralizó la junta despues de muchas sesiones, y no se verificó la extension de mi nombramiento.

Ya ve V. S. quantos motivos tuvo entonces y ha tenido despues para pedir, y aun elegir, títulos, honores, uniformes, consideraciones, y aumentos de sueldos un hombre constituido en comisiones tan distinguidas por el honor y confianza que le dispensaba el Gobierno. Me veia rodeado de excelencias, ilustrísimas, y señorías de tabla; y yo, tan raso como ella, salí qual entré. Creo que á media voz, á media insinuacion

no digo solicitud, se me hubiera condecorado, siquiera por honor de la comunidad. El silencio de los dispensadores de las gracias me honra mas, acaso creyeron que de nada de esto necesitaba yo quando no lo pedia: nuevo desengaño para los que nos quieren hacer creer que se dan mercedes y empleos á quien no los solicita, sea por escrito, ó de palabra ó por mano intercesora aunque sea sinjestra.

¿ No podia haber pedido yo, y con mucho derecho, el título y exercicio de Secretario del Rey despues que exercí la confianza y el mayor secreto de tal en una de las mas delicadas y honrosas comisiones que se pueden encomendar á un hombre de letras, quando se me nombró para exâminar, compilar, ordenar, ilustrar y publicar los Tratados de paz, alianzas &c. entre la corona de España y las demas potencias de Europa, hasta entonces inéditos unos, ó mal traducidos otros? El archivo de la primera Secretaría de Estado, y el del antiguo Consejo de Estado y Guerra, que estaba casi incógnito en sótanos de palacio, se franquearon á mi inspeccion y reconocimiento, y los secretos de los gabinetes, instrucciones é instrumentos diplomáticos de los reynados de Felipe v, Fernando vi, Cárlos III y Cárlos IIII estuvieron á mi vista y baxo de la llave y secreto de mi pecho, en el propio quarto, ó sea estudio, de mi pobre casa, teniendo yo que ser amanuense de mí mismo: concesion inaudíta, y disposicion que me honra y honrará para mientras viva. Esta coleccion diplomática, que me ocupó dos años largos, de la qual carecia el Gobierno para su preciso y continuo uso, se publicó baxo de mi intervencion en la Imprenta Real en 1800 en tres tomos en folio; y siendo yo el autor y editor, excusé poner mi nombre:

Merecí á una sesion plena de la Real Academia de la Historia, de que era individuo del número desde 1775, el nombramiento por eleccion de secretario perpetuo. Y siendo así que este oficio habia sido ocupado siempre por personas condecoradas, y que durante mi exercicio se contaban en su catálogo ministros del despacho, y altos personages de la corte, entre ellos el Infante Príncipe de Parma, y el Duque de la Alcudia, despues Príncipe de la Paz, á quienes habia expedido yo el título en nombre del cuerpo; nunca dí oidos á las insinuaciones de algunos compañeros que me aconsejaban solicitase por decoracion á favor de mi persona, ó como anexa al oficio; pero jamas me aparté de mi propósito: otra manía.

Fuí últimamente nombrado por la provincia de Cataluña su diputado en las presentes Córtes; y sin embargo de haber recibido el aviso de oficio por el secretario, y hoy compañero mio D. Felipe Anér desde el 7 de marzo del año pasado, guardé el secreto, muy léjos de ostentarme como tal, hasta que las listas que llegaron á Cádiz por julio me descubrieron al mundo. Revestido de este carácter público, luego que tomé asiento en el Congreso traté de introducir é infundir mi constante manía en mis compañeros: haciendo en sesion pública aquella proposicion, que tanta gloria ha dado á nuestro heroico desinterés dentro y fuera de España, de renunciar á toda gracia, merced, condecoracion, y empleo, ni á poderlo solicitar ningun Diputado para sí, ni para otra persona: voto inmortal á que suscribió la unanimidad, ó mejor la aclama-

cion del augusto Congreso.

Ruego pues á V. S. se sirva leer este oficio preliminar deponiendo, por esta vez á lo menos, su costumbre de no leer los papeles que puedan ofender su vanidad, aunque muy necesarios para su desengaño y enmienda. Por lo que dexo expuesto en breves razones se podrá convencer V. S. de que no puede jamas guiar mi pluma la envidia hablando de su persona, porque para mi nada tiene V. S. envidiable. Por consiguiente, tampoco tienen entrada en mi los zelos, porque siempre he vivido contento con mi fortuna, y por consiguiente me he tenido por feliz, y lo he sido. Tampoco me inquieta el encono, porque este es hijo de la envidia. Mi nombre y mi reputacion, que no debo á las artes de la clientela, tampoco pueden recibir, ni mengua, ni ofensa de las armas coligadas de V. S. porque tarde os levantásteis D. Manuel, como dixo la mora á su marido.

Despues del baxo vicio de la envidia con que V. S. me quiere tiznar para darse la importancia de hombre de extraordinario mérito, me imputa el de los zelos para lisonjear con
mas alta vanidad su amor propio. ¿ Yo zelos de V. S. ? ¿ y sobre que prendas? Y si no los tuve quando V. S. valia mas, ¿ los
tendré ahora que vale menos, despues que visiblemente decaen su ingenio y su pluma, de puro exercitados en estudios
muy agenos de las Musas, que enojadas de esta desercion, pa-

rece que le han vuelto las espaldas para siempre?

Quando V. S. acaso podia causar zelos á algunos que aspiraban á sobrepujarle en reputacion literaria, ¿ que hacia yo en prueba de que deseaba realzarla y extenderia? ¿ No se acuerda V. S. de que fui yo quien le aconsejé que dedicase su pluma y su talento á la prosa, haciéndole entender, con la mayor delicadeza, por no ofender su vidrioso genio, que harto habia cultivado el campo de la poesía para su gloria, y que así la historia política le abria un nuevo camino y mas ancho á la verdadera fama? ¿ Como puede V. S. asegurar, sin una torpe contradiccion, que ésta nueva carrera y género de estudios

en que yo tenia ya alguna posesion, me mueva á zelos, quando fui yo quien le dió el consejo, quien le instaba, y aun casi le reprehendia su pereza continuamente, para que no de-xase de la mano y concluyera las Vidas de los Varones Ilustres, que V. S. publicó despues en un tomo en octavo? ¿Quien le buscaba y proporcionaba, no como amigo agente, sino como un padre á su hijo, noticias, documentos, manuscritos y libros para vestir las vidas del Príncipe de Viana y de Roger de Láuria, hasta llevarle en persona de noche tomos en gran folio debaxo la capa, y costear crecidos portes de cartas por la correspondencia que yo llevaba con literatos y antiquarios de otras provincias? ¿ Quien admitió el encargo que, desconfiado de sí mismo, me hizo V. S. de que le repasase los borradores de aquellas vidas, y le advirtiese quantos yerros ó equivocaciones encontrase, y quien tuvo entonces la docilidad de rectificar y enmendar casi ciegamente quantos reparos me pareció justo advertirle? A fe que entonces no me trataba, ni me consideraba V. S. como ahora, de gramático practicon y casuista, ignorante de los verdaderos principios de la metafisica del lenguage. ¿Quien convidó á V.S. á recibirse en la Real Academia de la Historia, ofreciéndole su influxo para el logro, como secretario que era yo en ella, manifestándole con esto los deseos que me animaban de tenerle por digno compañero? A este fin le instaba á V. S. tantas veces que concluyese la coleccion de las vidas referidas para poderlas presentar, con el memorial de estilo, como un trabajo propio del instituto. Pero no quisiera tener que recordar á V. S. el agravio que hizo á mi persona, á mi amistad, y á mi ofrecimiento, quando despues, sin prevenírmelo ni contar conmigo como era debido, hizo algunas diligencias extrajudiciales, á escondidas de mí, por medio de otros compañeros mios; y tuvo que retraerse de la solicitud despues de haber sondeado el ánimo del Director y del Censor que se opondrian á su admision, no por falta de literatura é instruccion, sino por su genio orgulloso y dominante.

Digame ahora V. S. y diganme todos los hombres sensatos á quienes dirige sus reflexiones, y los insensatos a quienes dirigiré las mias, si un hombre que obra con este generoso proceder para el lucimiento de su amigo en la misma carrera de las letras podia ni puede tener zelos de su hechu-

ra (permítame V. S. que lo diga) en cierto modo.

¿ Quien fué el primer literato como hombre de fino gusto á quien hice conocer y leer en Madrid el rarísimo exemplar de la Historia de la guerra y revolucion de Cataluña por Clemente Libertino, que últimamente reimpresa ha llegado á Cádiz? Yo fuí el primero que tuve en mi poder un exemplar; y enamorado de su diccion y eloquiencia, no quise privarme del gusto de que V. S. se saborease en ella, á fin de que se aficionase á la prosa, é hiciese progresos en un estudio en que yo gozaba ya de alguna reputacion. ¿ Hace estas obras el que crea no estar exênto de zelos? La lástima es que no haya sabido aprovecharse V. S. de aquel autor para formarse un estilo, pues no tiene ninguno hasta ahora. El que tiene la verdadera, la inveterada, y la rabiosa envidia, y los zelos mas entrañados es V. S.; y el vergonzoso orígen de esta miserable debilidad, que la he callado hasta ahora, lo referiré mas abaxo á mis lectores sensatos é insensatos quando

le toque su lugar.

Así pues me presento, forzado del pundonor, á la vista del público, de la que tanto he huido siempre; pero solo, y sin valedores, ni mas armas defensivas que mi lustre heredado, y bien conservado con obras y no con honores. Como nunca he sido cabeza sino de mi casa, quando la tenia; no cuento con paniaguados, ni guerrilleros que me sirvan sin sueldo y por pura amistad: ¡gran virtud en estos tiempos! Tampoco cuento con gente enganchada, sea con esperanzas de premio, ó de proctecion, porque yo jamas he plantado bandera de recluta, y á nadie puedo recompensar, ni proteger. A muchos jóvenes ingenios les dí en otro tiempo buenos avisos para que aprovechasen: en Cádiz hay mas de uno que no se muestra desagradecido, siquiera por aquello del viejo el consejo.

Para que V. S. no se escandalice otra vez, y no vuelva á reprehenderme de que un Padre de la Patria no debe distraerse en estas questiones frívolas de las obligaciones de su cargo; sepa, y V. S. lo sabe mejor que yo, y lo siente, que quando ocupo mi pluma para debelar monstruos invisibles, y ahuyentar peligros que no ven los ojos vulgares, entonces soy

mas padre que nunca, y estoy en mi silla.

Perdóneme V. S. que no le haya preguntado antes en que estilo debia escribirle hablando con un funcionario público, porque nunca me he hallado en una funcion como esta. Como mi lenguage es vulgar, segun lo tiene V. S. sentenciado desde que salió á luz la que V. S. llama muy imprudentemente ponderada Centinela; para darle alguna dignidad, sin pecar contra la gramática en el uso de los pronombres, va decorado con la señorea que el Rey se sirvió concederle, y, no podria yo negarle sin incurrir en su indignacion: porque aquí donde V. S. me ve, vestidito á lo estudiante, sé distinguir de gentes, y estoy acostumbrado á hablar con ellas de Rey abaxo antes que V. S. hubicse salido de la clase.

Bien me entenderá V. S., aunque no me perdone este mi estilo que habla á todos los sentidos á la vez; pues no ignora V. S. que tambien sé usar de su predilecto el dogmático como y quando conviene, ó me tiene cuenta. Y aunque gramático casuista y practicon, como V. S. se sirve llamarme, sabe muy bien, y lo saben ámbos mundos, que quando quiero y lo piden las circunstancias, dexo la férula, que es la que á V.S. le ha faltado á su tiempo, y me hago grave como un Mariana, conciso como un Saayedra, y urbano como un Solís. La continua seriedad del estilo suele ir siempre con lo estirado del autor, ó con la esterilidad de su imaginacion: ¡ á dios entonces amenidad y variedad! los lectores se quedan yertos como si hubiesen visto la cabeza de Medúsa, ó tropezado con algun esfinge: lo uno es la dureza, y lo otro la obscuridad. El que pretenda mover y persuadir, debe hablar al corazon; y para esto debe conocer, mas que el suyo, el de los otros, porque los hay de todos tamaños. V. S. habla como un libro; y siempre habla un libro en boca de V. S. Yo hablo como escribo, y escribo como hablo; y como escribo para todos, todos me entienden, y algunos mas de lo que V. S. quisiera.

Va que V. S., despues del panegírico ministerial que nos presenta de sus méritos, servicios, talento, y patriotismo no interrumpido al frente de su opúsculo, como prólogo con morrion esmaltado en oro, dirige sus reflexiones y cuitas á los hombres sensatos, ¿ á quien dirigiré ¡ pobre de mí! mis observaciones, si no llamo á los insensatos, pues es la falta de juicio lo que me dexa V. S. por herencia? Daré luego voces de loco, hablaré claro y suelto, no para medirme con V. S. como lo dice desafiándome en frances, sino para combatir ó contender en castellano, y cuerpo á cuerpo, y de tú por tú; sin que me arredren los perros de presa que ha soltado, ni me espante la reluciente coraza con que V. S. baxa al palenque resguardado, creyéndose invulnerable, y formidable á mis

ojos acostumbrados tiempos hace á ver vestiglos.

Yo no soy literato de profesion como V.S., sino un mero aficionado: vengo á ser aquel vizconde de Miranda de Córdoba, quien, sin ser torero de oficio, lanceaba y mataba un toro como una primera espada. Salud, paciencia y serenidad no tengo que pedir á Dios se la conceda á V.S., pues parece que le sobran para repartir á otros. Cádiz 18 de agosto

de 1811.

la es la lógica y la fina. OBSERVACIONES es tre lecture hecho lear, pass que à su autoridad màgistral no la pueden faltar lectores ; y de este modo bien pud era que-

DIRIGIDAS and sheephile star 115 on Ahora gapes mago at Say Quintana que si no las ha leido,

ler ten des virtet; y si se las han leide, que se lo repitna Á LOS HOMBRES INSENSATOS.

aprendera de qué armas se ha de ser-arios quando baya de acometer o delva-Pues que el Sr. Quintana escogió para sí lo mejor, esto es, para oyentes suyos á los hombres sensatos en su rabiosa contextacion, por fuerza habré de entenderme con los insensatos. A vosotros invoco, caros y necios hermanos mios de uno y otro sexô, pues tambien hay vírgenes bobas, para que presteis oidos á mis razones y voces, tan vulgares como corresponde á vuestra vulgar y escasa inteligencia. Cuento con que me tocará mas auditorio que á mi agraviado escritor público, funcionario público, y publicista liberal de la reciente fábrica; porque siendo el número de los necios infinito, tendré que hablar á muchos; y por consiguiente, debiéndome ceñir á la brevedad posible, apelaré al ligero vuelo de la pluma, para no hacerme pesado sobre prolixo espulgador de puntos y comas, en que nunca he puesto la atención, y mucho menos la intencion, de la qual se desentiende cuidadosa y maliciosamente la pandilla de criticastros que van saliendo ahora de la concha como el caracol, al calor del sol poniente.

El Sr. Quintana, que se ha jactado siempre de que no respondia (desdeñosa soberbia) á los críticos que escribian contra sus obras, que nunca han sido mas que folletos, porque, como él mismo dice, nunca los leia (mayor es aquí la vanidad que la mentira); se ha dignado al fin y por primera vez contextar deponiendo la soberbia para vestirse de furor y de ira: pasiones que habia tenido este mortal, y muy mortal, ocultas hasta ahora, como otras muchas no reveladas todavía, que su estudiada moderacion y artificioso recato tiene encerra-

das de dientes adentro.

Como es bisoño su señoría, á pesar de ser muy leido; en este género de lides; á la primera se ha salido del puesto que debia guardar para no ser envuelto; pero, llevado de la venganza mas que del valor, se ha extraviado, y ha caido en el campo del enemigo. Deben de haber sido tan penetrantes las heridas que ha recibido de las advertencias de su antiguo amigo, que ciego de rencor ha tropezado en una contradiccion, envuelta en una falsedad. Dice que no ha lei-

do mis cartas, y contexta á ellas: esta es la lógica y la franqueza del hombre que siempre la tiene en la boca. Tal vez se las habrá hecho leer, pues que á su autoridad magistral no le pueden faltar lectores : y de este modo bien pudiera que-

dar mas disfrazada la mentira.

Ahora pues, ruego al Sr. Quintana que si no las ha leido, las lea dos veces; y si se las han leido, que se lo repitan hasta tres, porque, como se suele decir, á la tercera vá la vencida. A lo menos aprenderá de qué armas se ha de servir contra sus adversarios quando haya de acometer ó defenderse, y á reconocerse por último que es un hombre como los demas, un patriota como los demas, un político como los demas, y un ex-poeta como los demas, y nada mas; ; y le parece poco? Aprenderá, no gramática ni retórica, que ya pasó el tiempo, sino avisos muy saludables, aunque indirectos, para que se acuerde, ya que ha leido tanto y tanto, de que en tiempos revueltos y de libertad naciente, el hombre que se quiere poner en el candelero por su propia virtud es llamado ambicioso y vano; y si con ayuda de otros, osado y peligroso. El valor, la virtud y el talento llegan á hacerse sospechosos, y luego temibles á los mismos que trabajan por la causa comun, y odiosa á todos sus iguales. Por esto en Atenas el ostracismo era un blason inmortal para aquellas almas tan grandes, que no cabiendo en la ciudad, podrian ponerse de pies sobre ella. Intelligenti paja: con vosotros hablo insensatos lectores mios.

A la perspicacia del Sr. Q. no se le puede escapar nada de esto, pues no son quisquillas gramaticales; pero, mimado, como siempre, por los que él llama sus amigos, y admirado por sus alumnos, pues hace años que de todo cuenta, y cuenta siempre con ellos, se ha llegado á considerar como el primer sabio de la nacion; el escritor político, de cuya pluma pende la opinion pública; el modelo de la oratoria, como ántes se lo habia creido de la poesía; el espejo del patriotismo verdadero, esto es, no interrumpido, en que deben mirarse todos los buenos españoles, si quieren merecer este nombre; y el proclamista general de todos los gobiernos en nuestra gloriosa revolucion; cuya voz ha resonado en ambos mundos, adormeciendo al uno, y despertan-

do al otro.

Su nombre se ha impreso en todas lenguas y en todos los paises: pues ¿qué mas gloria puede apetecer un particular, antes del dia último de agosto de 1808 muy particular, que haber pasado á la posteridad por agena pluma, aunque él haya escondido la mano?

Como el Sr. Q. se ha presentado á modo de coriféo de patriotas en tres teatros diferentes, Madrid, Sevilla, y Cádiz, y en todos ha salido á las tablas como primer galan; es indispensable

publicar los medios de que se ha valido, unas veces con máscara, y otras á cara descubierta, para hacer admirable su nombre, y respetada su persona, rodeada en todas partes de angelitos, ó mejor genios á lo profano, que le guardan, aunque algunos va son pollancones, como los que le cercaban en Sevilla despues de la primera hegira, y le cercan hoy en Cádiz despues de la segunda. Llamo hegira, y no huida; porque, hablandose de un hombre extraordinario que, como cabeza de los emigrados, cuenta los pasos de su vida fugitiva como épocas, se le deben aplicar nombres famosos en la historia. Así pues, siendo esta ciudad nuevo asilo de desamparados de todas partes, y domicilio de gentes que ignoran acaso los hechos anteriores sobre que yo fundo mis aserciones; es necesario poner á la vista algunas anécdotas curiosas para el comun desengaño, porque ya es tiempo de hacer justicia, y decir la verdad á las barbas del Sr. Q. que tantas veces la proclama en sus escritos y en su opúsculo.

Cayó en mis manos, hallándome en Sevilla, un folleto en lengua inglesa, con el título de Account of the Junia Central, impreso en Londres en 1809, en que se da una idea de la dicha suprema Junta. En uno de los primeros párrafos, traducido al castellano, se lee lo siguiente: Una de las primeras medidas de la Junta Central à su llegada à Sevilla, fué el nombramiento de D. Manuel Quintana al empleo de sub-secretario de Estado. Quintana es bien conocido en el mundo literario por sus composiciones políticas y demas obras; pero aun es mas estimado en España por la liberalidad general de sus principios, la independencia inflexible de su carácter durante el influxo del Principe de la Paz, y por su zelo firme y desinteresado á la causa de su patria quando se vió expuesto á la dura prueba de las tentaciones que le ofreció el general O-Farrill, y quando rechazó con desprecio las insinuaciones de personas con quienes hasta entonces habia tratado con afecto y estimacion.

¿Quien le dixo, ó escribió al redactor de aquel folleto, en que solo se hace el elogio de cinco Centrales adictos al Sr. Quintana, que una de las primeras providencias de la soberanía fué el nombramiento de este sugeto ?¡Desdichada nacion quando necesitaba que la Junta se ocupase en tan frívolo cuidado! El nombramiento de este caballero estaba hecho ó resuelto desde Aranjuez quando se le destinó como oficial 1.º de la secretaría, que llamaron General: así es que en la lista que se imprimió en Sevilla de los vocales de la Junta y de los oficiales de dicha secretaría, la primera plaza de estos estaba en blanco, como reservada para el Sr. Quintana, que aun no habia llegado de Madrid á ocupar su silla. Así podemos decir que si el temor de la venganza francesa contra el declarado patriotismo del Sr. Q. le obligó á salir de Madrid, como obligó á otros muchos

buenos patriotas; la esperanza de que hallaria al fin de su penoso viage seguro descanso, buena acogida, honores, empleo no estrenado, y sueldo casi triple del que dexaba en la corte, y la perspectiva de una nueva fortuna que le presentaba la revolucion, rebaxó, á juicio de muchas gentes, algunos quilates al mérito de su emigracion. Ademas de esta equivocacion, el autor del folleto, si es que no salió hecho ya de Sevilla su contexto, cayó en otro yerro voluntario, ó involuntario, quando llama al Sr. Q. sub-secretario de Estado. Jamas ha habido en España, ni lo hubo entonces, ni lo ha habido despues, tal título ni empleo; pero tal vez se imprimió con cuidadoso descuido. Ignoramos quales sean las composiciones políticas que habian hecho muy conocido al Sr. Q. en el mundo literario antes de nuestra revolucion. Era, es verdad, muy conocido por sus obras en verso, y de estas no quiere hablar el folleto, desentendiéndose de que fuese poeta: no le convendria este título en estos tiempos. Celebra luego la independencia inflexible de su carácter durante el influxo del Principe de la Paz. Yo confieso por mi parte que es una verdad tomada en sentido absoluto, y que se la alabo, y se lo alababa entonces. Este, sin embargo, era un mérito que comprehendia á muchos espíritus justos, aun de los mismos que por obligacion y por otras circunstancias se veian precisados en aquel abandono y desacuerdo de Cárlos IV á rendir obsequios, pero rebelde el corazon, al monstruo que tenia el cetro y el poderío real. El Sr. Q. no tenia hijos que colocar, ni tuvo jamas que mendigar el pan cotidiano que faltaba á otros de alma tan libre como la suya, ni motivos que le hubiesen precisado á ver la cara al déspota, ni á ser conocido de él personalmente, ni aun de nombre. Tampoco el Sr. Q. era persona de tal gerarquía, cuya presencia pudiese el otro echar menos algun dia. Tambien se engañó el autor del folleto, ó mas bien le engañaron, en aquello de lo inflexible del carácter; porque ha de saber, si aun no lo sabe, que el Sr. Q., aunque nunca dirigió á Godoy públicamente, esto es, al frente de sus obras impresas, dedicatoria alguna, en lo qual se distinguió con mucho placer mio; no se descuidó de dirigirle alguna privadamente por via de don gratuito, acompañada de algunos rasgos obsequiosos de su pluma: en prueba de lo qual no se hacia mucho de rogar para enseñar á sus amigos y conocidos la firma del tan aborrecido Privado puesta en las contextaciones honoríficas que este le volvia: de este modo empiezan á domarse las cervices mas duras. Tambien ignoraba el autor inglés que, como la necesidad carece de ley, quando el Sr. Q. se metió á pretendiente, se acomodó á los actos que antes reprehendia agriamente en los demas. Y ya que se resolvió á baxar la cabeza, lo hizo tan baxamente, con tanta timidez, y con tan poca confianza en el mérito de sí propio; que

se hizo acompañar de un indecente cómico (Pinto), sabandija de aquel serrallo, para que presentase, anunciase, y recomenda-se á S. A. el pretendiente, á fin de que se dignase recibir el memorial, que no era para ningun gran bocado de los que hacea abrir la boca y cerrar los ojos al mas soberbio estoyeo. Era el cargo de censor de las piezas dramáticas que se representaban en los teatros: su dotacion nueve ó diez mil reales, si mal no

me acuerdo. Continua el autor inglés, y muy estimado en España por su zelo firme y desinteresado à la causa de su Patria. Ademas de que esta expresion no hace mucho favor á otros millares de españoles tan zelosos y puros como el Sr. Q., alabado en todo exclusivamente como criatura sin igual y privilegiada; no alcanzo yo qué méritos y servicios tan particulares habia hecho á nuestra causa en el tiempo de que puede hablar aquel autor, pues llegó el folleto á Sevilla por mayo, y algun tiempo habia de haber transcurrido entre recoger los hechos, remitirlos á Inglaterra, y enviarlos despues en un impreso á España. Sería una oda ó cancion, publicada en Madrid, á la libertad de la patria: en aquellos dias otros tambien cantaban, y otros lloraban de alegria. El producto de su papel no vimos que lo cediese para calzar soldados: tomó su dinero, y en esto hizo bellamente como qualquiera especulador. Lo mismo se puede decir de la empresa político-mercantil del Semanario patriótico, del qual se habian hecho un pingüe patrimonio el inventor y los compañeros, à quienes el interes de la Patria nunca fué tan poderoso, que les ahogase el suyo propio, diligentemente calculado. Acaso la palabra desinteresado se aplicará á que no fué vendido el patriotismo del Sr. Q. Esto se debe creer á ojos cerrados, y yo pongo mi cabeza por él, como por otros innumerables que conozco. Sin embargo, esto no seria heroismo, porque, ademas de ser una obligacion, abraza á la mayor parte de los españoles de zelo tan puro y firme como el del Sr. Q. Lo firme querrá decir que no volvió atrás, que no se arrepintió, que no vaciló: así lo creo. Pero me disgusta que se pinte como peculiar de una persona lo que ha sido comun á tantos miles que en esto le hacen companía. Dice al fin que fué tentado por el general O-farrill; y lo creo tambien, pues para algo le llamaria aquel zorro militar quando, dicen, le escribió estando entonces el Sr. Q. en Piedrahita desde que huyó tímido de Madrid despues del suceso del dia 2 de mayo. A su llamamiento volvió; y, bien consultando con su corazon español, ó con algunos buenos amigos, se mantuvo incontrastable en su noble propósito. Muchísimos son los que hemos tenido insinuaciones, tentativas, y ofrecimientos directa é indirectamente en aquellos dias de tempestad; lo qual no constará en la historia, porque hazañas privadas de la buena conciencia se guardan dentro del pecho de cada uno, y no se

hacen propagar impresas por el mundo.

Pasemos á otro caso para ilustrar al público, pues que es ilustrarle el desengañarle. Como el Semanario ha tenido tres épocas, ya de su nacimiento, ya de su muerte, ya de su resurreccion, anunciadas con tanto aparato al orbe entero como si dependiese de estos anuncios la salud del género humano; quando se trató de reproducirlo en Sevilla, no contentos sus nuevos editores de haber publicado en los periódicos de aquella ciudad este memorable acontecimiento en términos pomposos, pero sucintos y generales, lo hicieron anunciar al mismo tiempo en Valencia en papel particular en forma y concepto de panegírico anónimo, cuyo impreso vino á mis manos, y es el siguiente:

La horrorosa esclavitud en que vino à caer segunda vez nuestra corte quando volvieron à ocuparla los asesinos del 2 de mayo, obligó à huir de ella à las almas libres que habian empezado à ilustrar la nacion con sus luces y su eloqüencia. El que habia cantado la libertad de la España no podia exi tir al lado de los tiranos, para quienes su nombre era tambien mas odioso que la vista de nuestros paisanos guerreros; pero huyó felizmente burlando sus traidoras pesquisas, y con él huyeron los que con él habian empezado la gran defensa de la verdad contra el impostor de la Europa. La patria los conducia en silencio para que no cayesen en las manos del enemigo, mientras que todas las previncias preguntaban por ellos, y todas lamentaban la suerte incierta de los editores del Semanario patriótico.

Entonces se conoció quanto era el aprecio que habia merecido este escrito, y quanto era el amor nacional que se habian grangeado sus editores. Todos concedieron que aquel Semanario era el único periódico digno de la nacion española, y todos dixeron que sus redactores eran los que debian ahora ocupar las prensas para ilustrar al pueblo, y dirigirle con acierto en la gran causa que ha-

bia jurado defender por sí mismo.

Pero lo que todos deseaban se ve ya cumplido; que ahora lo que la nacion desea es lo mismo que desea el Gobierno. De ahí est que le hemos visto lleno de bondad llamar al jóven sabio á su lado, y pedirle su pluma para escribir con ella sus sagrados decretos, y proteger á sus zelosos amigos, y amparar á los literatos que huyeron de la tiranía francesa para que vuelvan otra vez á consagrar á la patria sus luces y su eloquencia.

Españoles! El Gobierno está honrando á los editores: estos solo escriben para el bien de la patria. ¿ Que deberá pues hacer la nacion? Bendecir al Gobierno que así protege á los sabios, rasgar esa multitud de papeles que deshonran nuestra literatura, y subscribirse con ansia al Semanario de la patria. Así daremos á conocer lo que somos apreciando solo los escritos que son verdadera-

mente dignos de la nacion española. Subscribese en Sevilla en el despacho principal de la gazeta, calle de Génova, y en Valen-

cia en casa de Mallén.

Por donde empezaré á poner la mano en este parto monstruoso de la mas monstruosa vanidad, orgullo, y petulancia á que puede provocar la mayor ambicion, acompañada de la mayor codicia, de unos folletistas politicastros baxo de la direccion y auspicios del prototipo de la sabiduría, destinado por favor especial del cielo á sacar de las tinieblas á la indocta y bárbara España? Confieso que no merece semejante anuncio que ojos humanos se humillen á leerlo sin avergonzarse; y que bastaria presentarlo en su literal y desnudo contexto á los lectores sensatos é insensatos, hombres y mugeres, niños y viejos, para que la luz de la razon lo juzgase, y lo castigase el desprecio. Y todas estas blasfemias, que así las quiero llamar, para ensalzar como lumbrera y antorcha del patriotismo y de las letras al archipatriota, al archi-político, al archi-orador, y al archi-filósofo el Sr. D. Manuel Quintana, que Dios guarde muchos años! Pero, viendo que hace tres años que la pereza ó la indolencia parece se ha apoderado de los lectores, hasta haber perdido estos en ciertos casos la facultad de juzgar; me hallo precisado á tirar algunas tenazadas á este anuncio, modelo de la presuncion humana, sacándole á tiras los embustes y falsedades que el público no puede exâminar por sí solo. Voy á sacar de pena á estas almas libres, que habian empezado á ilustrar la nacion con sus luces y eloquencia. Estas almas serian las de los editores, esto es, la del Sr. Q., alma de todas, porque es estilo y empeno muy empeñado en esta nueva secta no contar nunca con nadie; y así nadie es ninguno, como suele decirse vulgarmente. Sigue en consequencia, y como exemplo: El que habia cantado la libertad de la España. Sépase que este gallo sin plumas, y con mucha cresta, es el mismo Sr. Q.; aunque otros tambien cantaron por diferentes tonos invectivas contra la tiranía. Bien pagado ha quedado el cantor, aunque mas pagado de sí mismo. El cantor á lo Homero, á lo Virgilio, á lo Taso! Todo esto quiere decir que en Madrid publicó un cacho de poesía, que ni el mismo que la hizo la cantó, ni podia cantarla, porque no tiene el mejor oido. Fué un desahogo patriótico, laudable siempre, pero que no saca á un ciudadano de la esfera de los demas. Continua diciendo: que este cantor no podia existir al lado.

Continúa diciendo: que este cantor no podia existir al tado de los tiranos: se supone, habiendo zaherido al mayor de ellos. Pobre de su gaznate! Ya le hubieran quitado á él, como á otros, las ganas de cantar, y de comer pan. Sigue: que el nombre (de este cantor) era mas odioso á los tiranos que la vista de nuestros paisanos guerreros. Esto es dar demasiada importancia á su solo nombre, que valía mas, segun se quiere dar á enten-

der, que los valerosos defensores de Madrid. Y ¿como podia burlar el cantor las traidoras pesquisas del enemigo, si había huido el páxaro el dia ántes de su entrada? Y ¿quien nos ha dicho que tratasen de buscarlo, ni ántes ni despues? Aun en esta distincion, que verdaderamente lo es, sería igual á otros que no cantaron, pero que tambien habían declarado la guerra al invasor en sus escritos.

Pasemos de los encomios fastidiosos en boca propia, pues los editores nunca han tenido mas que una sola lengua, una sola voluntad, y una sola alma, la de su maestro y director nato; y vamos á descubrir una gran mentira. Dícese que con dicho cantor huyeron los que con él habian empezado la gran defensa de la verdad contra el impostor de la Europa. Estos son los dos primeros cooperadores en el Semanario, quienes no huyeron con su maestro, pues este habia huido á cencerros tapados una noche, y acaso sin despedirse de ellos; y estos ellos se quedaron en Madrid, resignados á la suerte, ocultos ó descubiertos. Lo cierto es que el uno se acogió á los tan odiados tiranos, que luego le emplearon; y el otro, intimidado despues de irresoluto, dexó la corte al cabo, y hasta los diez meses no se apareció en Sevilla, en donde vió entrar los franceses sin recibir de ellos el menor dano. Luego, bien pudo el Sr. Q., si no le hubiese mandado huir su corazon patriota, haberse quedado entre los fran-

ceses sin peligro alguno.

Vamos á otro embuste, hijo primogénito de la mas vana vanidad. Dicese: que la patria los conducia (á los editores) en silencio para que no cayesen en manos de los enemigos: si esto no se toma como ficcion poética, no halla sentido que darle el juicio mas desconcertado. Primeramente: la patria no los conducia, porque los dos, como se ha dicho, no se movieron de Madrid; y el otro andaba atravesando sierras y barrancos, guiado siempre de su estrella hasta Sevilla. ¡Descansada estaria la angustiada patria entonces para ocuparse en conducir niños á la escuela! Todas las provincias (dice) preguntaban por ellos, y todas lamentaban la suerte de los editores del Semanario. ¿ Quien se habia de acordar en aquella tormenta y tribulacion general de semanaristas, ni de semanarios, ni de las semanas de Daniel? Harfo tenian que hacer las provincias en armar á sus hijos, y tratar de su propia defensa, sin acordarse de tales criaturas. Ni las provincias, ni los provinciales, ni viviente alguno, preguntaron por ellos, ni podian preguntar, ni debian preguntar, sino ¿ donde estan los enemigos? Ninguna tampoco lamentaba la suerte de tales prófugos: hartos lamentos tendria que hacer cada qual sobre la suya propia.

Se habla despues con la misma vana satisfaccion; que los editores eran dignos del amor nacional; que su papel era el único

digno de la nacion española; y que solo ellos debian ocupar las prensas para ilustrar al pueblo, y dirigirlo con acierto; ; y todos estos despropósitos los ponen en boca de los españoles! A estos les predican mas adelante: que estan obligados á bendecir al Gobierno, que, protegiendo á los sabios, honra á los editores, porque estos solo escriben por el bien de la patria (y se repartian cada uno 10000 rs. al mes); á rasgar esta multitud de papeles que deshonran á nuestra literatura; y á subscribirse al Semanario. Esto viene como consegüencia del párrafo que antecede, en el qual se encarece como una dicha de nuestra nacion la bondad del Gobierno (la Junta Central) en haber llamado al Sr. Quintana á su lado, pidiéndole su pluma para escribir sus decretos, proteger á sus zelosos amigos, y amparar á los literatos que huyeron de la tiranía francesa. Esto dice en substancia el texto; y ; con este descaro permitió que lo escribiesen sus amigos, ó mejor diríamos enemigos, la tan ponderada modestia y moderacion filosófica de un jóven, que se dexa llamar por excelencia el sabio? Nada tiene de sabio quien tiene tan insolente. é impudente presuncion de sí mismo: llámola insolente, porque insulta á todos sus compatriotas, viniéndoselos á poner en algun modo á sus pies para mendigarle sus luces; y llámola impudente, porque solo de un jóven se podia esperar esta ufanía y ligereza, ó de un hombre con las debilidades de un jóven. El sabio siempre será Salomon; y este sabio de cartel nunca será, ni de mozo ni de viejo, mas que el Sr. Quintana desnudo por mas que se vista, á pesar de sus humos, y por mas humo que le echen los que le inciensan para desvanecerle la cabeza. Harto viento tenemos en ella todos los miserables hombres; como si nuestra vanidad no tuviese mas necesidad de freno que de espuelas!

Despues de haberle visto proclamado sabio, le hallamos revestido del título y oficio de protector de los literatos, se entiende, de los que prófugos vengan á acogerse baxo del manto de su amparo; pero cuidado! que esta protección no se ha de dispensar sino á los muy amigos. ¡Pobre del que no lo sea, es decir, del que no le haga cerco, y no le oyga atónito quando entona palabras de oráculo! Vea el público como los hombres de sistema llegan tarde ó temprano á fundar escuela, y á formarse sectarios por vanidad ó interés. Bien dice aquello de que

Fr. Modesto nunca llegó á ser guardian.

Protector, por el abuso que los hombres suelen hacer de este título, segun nos lo enseña la experiencia, quiere decir tanto como tirano: de este nombre tan modesto como altivo se revistió el astuto Cromwel para tiranizar la Inglaterra, y el fiero Napoleon para esclavizar la Alemania. Y si esto es en el imperio de la política, ¿ que será en la república de las letras, quan-

3

do el entendimiento es lo mas libre que tiene el hombre, aun mas que su voluntad? Hasta ahora este nombre solo habia sido título con que se honraban Príncipes y grandes Monarcas; pero tributárselo, ó dexárselo tributar, un pobre particular en la corte misma de una gran nacion, no lo habia visto el hombre, ni se habia leido en la historia. Esta, sí, que seria la mas cruel de las tiranías, condenar el saber al temor servil, ó á la adula-

cion de un ambicioso y presumido ciudadano. Deponga ya el Sr. Q. las esperanzas lisonjeras de esta pretensa prerogativa, porque, como dice un refran, gloria vana florece y no grana. Despídase tambien de la manía de anunciar al público en periódicos, como acontecimientos memorables para la historia universal, la vez que su pluma emprende la dirección é ilustracion del Semanario, la vez que lo suspende, y quando vuelve á emprenderla, crevendo al público y á toda la nacion interesada en estas noticias, para llorar quando se oculta el astro de la luz, y regocijarse quando reaparece. ¡Lástima es que no hava sacado una órden cada vez para estamparlo en la gazeta, y anunciarlo con salvas de artillería! Por último, deponga esta vanidad de querer eternizar su nombre repitiéndolo eternamente, para que no llegue á fastidiar. Igualmente le suplico que no nos haga molestos los dulces nombres de patria y patriotismo, repitiéndolos continuamente como un segundo apellido de su casa, en quanto escribe aunque sean dos líneas, pues nadie duda de este su zelo, ni se lo negará jamas, mayormente los que conocemos por práctica y por amor estos sagrados nombres, y profesamos la milicia á que nos llaman. Mas al Sr. Quintana le sucede lo que á Ciceron, que hablaba siempre de la república, pero sin olvidarse jamas de sí mismo.

Suplico últimamente al Sr. Q. que aconseje á sus defensores que no se empeñen en renir pendencias agenas, pues su patron dias hace que ha salido de tutela; á menos que se le quiera considerar tambien como á los reyes, que por la ley son siempre menores de edad. El Sr. Q. tiene sus armas propias para defenderse como el mas bizarro, y sabrá manejarlas (así lo acaba de mostrar en su contextacion) sin necesidad de esa soldadesca auxîliar, de esos valentones voluntarios, á manera del rufian de una moza, que la guarda hasta de las moscas que vuelan, porque podrán, creyendo servir á su dueño y señor, exponerle á los tiros que no esperaba, ni merecia por sí mismo. Solo le haré presente al Sr. Q. algunos pasages que podia haber omitido el zelo inconsiderado del autor de la Chismografia. ¿ Quien le obliga á decir al Chismógrafo: que no sabe que el Sr. Q. haya jamas pretendido, ni dado memorial, besado manos, hecho la corte, ó adulado baxamente (; bonito cogote tiene el niño para esto!) á rey ni á roque para alzarse con este título? Ya habrá visto mas arriba el que no lo sabia, como el Sr. Q. sin ser niño, sino muy hombre, dobló el cogote alguna vez. ¿ Quien le mandó decir: tampoco sé que haya procurado jamas deprimir el mérito de los otros escritores, criticando sus producciones, ni mordiéndolas? El Chismógrafo, como reciente recluta, no sabe, y ahora lo sabrá él y todo el público, que sobre este punto hay que hacer alguna distincion. El Sr. Q. ha tenido por costumbre, desde que pensó señalarse un lugar en la opinion pública, el no acometer, criticar ni morder por escrito, es verdad, si se ha de entender en impresos publicados baxo su nombre, porque habrá tenido para este oficio sus devotos, á manera de gente asalariada, así como los ha tenido para la defensa. Hasta en esto ha querido obrar como los grandes señores, que mantenian en otro tiempo paniaguados para dar una paliza á quien les incomodaba, defender sus personas en los caminos, y guardar las puertas de sus palacios. El señor no queria manchar sus manos con un garrote, ni exponerse á llevar algun chirlo en las tornas, que hubiera si-

do mayor mancha.

El Sr. Q., bien sea estudio, bien instinto infundido desde el vientre de su madre baxo de algun astro ambicioso, ha trabajado desde su primera mocedad en labrarse un partido, empezando por el de las letras, hasta verse proclamado su cabeza sin mover gran ruido en la apariencia: con esta mira nunca le ha convenido enemistarse con nadie, sino prodigar á todos el nombre de amigos, palabra favorita suya, abrazar á todos los literatos, á los pretendientes de este título, y hasta el mas humilde amanuense. De las letras pasaba su humanidad filosófica á las nobles artes, á cuyos profesores dispensaba su familiar benignidad, para darse el tono de alto personage, amante y protector de ellas. De estas descendia su filantrópica congratulacion á los talleres, honrando á los artífices de algun crédito para honrarse con ellos, y comprarles el respeto y la gratitud con estos actos de bondad y de dignacion. Quando yo veia tan oficiosas diligencias, se me representaba el Emperador Othon, que abrazaba hasta los aceyteros que encontraba por las calles para asegurarse en el trono. El que lleva, como el Sr. Quintana, el plan de hacer gente para su escuela, debe contar por amigos hasta á los enemigos: así es que cuenta tantos. ¡Gran dicha, por cierto, de encontrarse con tantos amigos quantos son los conocidos, acaso mal conocidos! Quando Diógenes, aun en medio del dia, buscaba un hombre con una linterna en la mano, ¿que hubiera sido para encontrar un amigo? El Sr. Q. es persona digna deaprecio por su conducta privada, y por su talento é ilustracion; y es acreedor á que se le guarde como hombre, como ciudadano, y como literato, y á esta justa consideracion yo me subscri-bo. Pero siempre graduaré por insufrible é imprudente que se tenga y haga tener por el mejor, y de ahí por el mayor de todos: porque hacerse de la reputacion literaria escalon para subirse à mayores, es muy peligroso paso en estos tiempos. Y sepan sus engañados defensores, que si el Sr. Q., como ellos creen, no acometia ni mordia como escritor público, bien se desahogaba de palabra, ó con la pantomima de su gesto, que es muy parlante y expresivo, quando la envidia ó los zelos le consumian: no se veia el fuego siempre, pero lo descubria el humo que se le subia á las narices. Tambien solia perder los estribos, quando el artificio sistemático no alcanzaba á enfrenar la pasion. Dice él mismo de sí mismo, que nunca ataca á nadie, como si fuese esto atacar á una batería. Acaso nunca ha tenido valor para este arrojo: acaso se mantenia en la reserva. Si no ha sido reo, habrá sido cómplice, que es el delito de los cobardes. Dígalo el ataque imprevisto, que sin haber vo atacado á nadie, me dió un cobarde anónimo en Madrid, tambien de los amigos del Sr. Q., á quien yo no tenia el gusto entonces de tratarle: pues bien se regocijaria de verme acometido, y acaso se trataba entre los dos el modo de zaherirme. Digo que se regocijaria entonces, porque aun en su mezquina contextacion no ha sabido disimular la fruicion que todavía conserva, quando viene á dar su aprobacion tácita al acometimiento, citando aquellas cartas satíricas con la expresion de los muchos palos que me dieron sobre las voces detalle, genio, desnaturalizar &c. que yo reprehendia en mi teatro crítico de la Eloquencia. Esta obra irritaria el amor propio del avinagrado abate Cienfuegos, y la naciente vanidad del bilioso amigo suyo, quien debia haberla estudiado con mas fruto, ya que me la alababa entonces. Bien sabe el Sr. Q. que yo no soy ningun negro, para que nadie en este mundo pueda sacudirme palos; pero no pudo su pueril venganza permitir á su tan fecundo ingenio inventar otra voz que á mí me hiriese mas, y á él le humillase menos. ¿Ignora el Sr. Q., pues lo vió el público entonces, que si el abate tétrico quiso darme palos, vo le volvi saetas? ¿Soy yo de los que se muerden la lengua?

En nada habia yo agraviado al hipocondríaco abate, ni al Sr. Q., ni de obra ni de palabra, pues no los conocia: sin embargo, de nada me sirvió. ¿De que me sirvió no haber conocido, ni de nombre, pues jamas lo ha tenido, á otro amigacho íntimo del Sr. Q., un D. Josef Munarriz, traductor farfallon de las ininteligibles lecciones de retórica del inglés Blair en que trabajaron ambos á dos, para morderme en algunas páginas sin necesidad, y fuera de propósito, y con indignísima injusticia é ingratitud, despues que habian disfrutado de los exemplos y modelos mios para lucir sus observaciones críticas? Si el Sr. Q. era mi amigo despues, ¿como permitió que aquel buey mudo Munarriz, á quien acababa yo, como censor, de servirle con

verdadera generosidad de alma, olvidándome del agravio que pensó hacerme en la primera edicion, reimprimiese en la segunda, que yo censuré indulgente, las mismas expresiones duras contra mí? Esto sí que es perdonar injurias con obras, y no con

palabrotas del conjuro filosófico del día.

¿Quien le mandó decir al Chismógrafo, erigido en panegirista de un santo, que aun no está en los altares, que las virtudes del Sr. Quintana nunca han sido disfrazadas ni desmentidas, ni aun en los tiempos de la opresion? De virtudes de otro, por eminentes que se consideren, ya me guardaria yo de responder, como tampoco de los vicios. Yo nunca quisiera que mis

amigos respondieran por mí, ni de lo uno, ni de lo otro.

¿Quien le mandaba sacar ahora á plaza si en aquellos tiempos de opresion era la casa del Sr. Quintana, en la corte, tal vez el único asilo de la ingenuidad y la franqueza, adonde iban á ensanchar su corazon, y desahogar sus penas con toda seguridad y confianza los que detestaban la tiranía y sus sequaces? Tambien la frequentaba yo, en lo qual creí que nos honrábamos ambos á dos. Allí todo era franco, es verdad, hasta la entrada. Allí aprendí poco, porque eran críticas y controversias sobre poesía regularmente; y como lego en esta materia, tenia que enmudecer. Una noche conté hasta nueve poetas, que se quitaban las palabras de la boca el uno al otro.; Que divertida al-

garabía!

Allí aprendí, sin embargo, grandes desengaños. Aprendí á conocer à muchos hombres sin máscara, en preuba de que era el asilo seguro de la ingenuidad y franqueza. Allí ví en efecto desahogar á muchos su corazon y sus penas sin rebozo, porque alli reynaba la misma ingenuidad. Alli me encontré una noche con un sacerdote que renegaba de su madre que le habia aconsejado aquella carrera, tirando en el suelo su solidéo, y un amigo á lo bufon le reprehendia diciéndole: ¿ no te da esta carrera una renta de 20000 reales? Tú no dices misa, tú no tienes coro, vas de fraque y botas al paseo, al café, al teatro, á los bayles, á las visitas, á quando quieres : pues ¿ que grillos te echó tu pobre madre? Allí ví otra noche otros dos clérigos, muy empenados en divertirnos representando una escena que no habrán visto ojos mortales: el uno se paseaba, con ademanes cómico-trágicos, haciendo la apología del suicidio; y el otro, muy versado en los autores clásicos, griegos y latinos, haciendo el elogio de la sodomía muy rellanado en un sillon. Allí veia sábios y sabihondos, locos y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazon, y otros de alma corrompida, algunos que detestaban la tiranía y obsequiaban al tirano al dia siguiente (todos estos eran poetas). Uno de ellos, para comprar su procteccion, le regaló un poemito intitulado el Incordio; otro le dedicó una

comedia con el titulo de Laberinto de las Monjas, abusando sacrilegamente del confesonario y de la faclutad apostólica de visitador que habia sido de los conventos de Córdoba: este era el penitenciario de aquella santa iglesia, el mismo que salió á cumplimentar al Rey intruso con una cancion pindárica. Allí ví mormurar del famoso botarate Amorós, para dar gusto al dueño de la casa que le odiaba de muerte como yo, por los mismos que tal vez venian de tributarle incienso. De alli salieron dos literatos, que se cree que no creian en Dios, á solicitar el oficio de doctrineros en la escuela pestaloziana, y lo obtuvieron. De allí el que en el aniversario de esta loca institucion, de que era protector el tirano y vice-protector Amorós, dixo en medio de un numeroso y brillante auditorio, entre otras blasfemias de la adulacion oratoria. ¡Ok alma verdad, que descendiste del Cielo para morar en los labios de su Alteza! Allí veia continuamente como moscon de las confianzas del Sr. Quintana al inmundo abate Aléa, ente despreciado de todos, cuya compañía deshonraria al mismo verdugo. Por esto se quedó en Madrid para obsequiar y servir á los franceses en qualquier oficio por vil que fuese : ignoro qual le habra tocado en suerte. Allí vi al renegado de Dios y de su patria el prófugo apóstata y ateo Marchena, fautor. factor, y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat. Allí ví una vez al hipócrita y astuto Esmenard, despues emisario y confidente de Murat; y tambien á un Mr. Quillet, bien conocido en otro tiempo en Cádiz, recomendado por el Senor Pancho Solano al Sr. Q. el qual era poeta, músico, pintor, antiquario, orador, actor trágico, comerciante, en fin politécnico, é indudablemente espion y explorador antes de la llegada de los franceses sus paisanos en Madrid. Este tunante, para comprar el salvoconducto, y quedarse libre en la corte quando confinaron á sus paisanos en el Escorial, habia publicado una sátira la mas cruel é ignominiosa contra Napoleon y la Josefina que puede imaginar la mas diabólica maquinacion, con el título de Bonaparte sin máscara: por un frances imparcial: un fo-Ileto en octavo. Desde luego conocí la mano oculta, lo denuncié como enemigo disfrazado al tribunal de Vigilancia. No fuí oido como en otros auuncios funestos; y el picaro hipócrita campa en Madrid libre y sin costas, antes bien premiado por los servicios que haria como agente de Napoleon quando se paseaba con la escarapela encarnada muy seguro por las calles de Madrid entre los incautos españoles. ¡Alerta, Alerta! con estos imparciales enmascarados. Entonces dexé de frequentar la casa del amigo por no ver la cara á esos pérfidos bribones.

El Chismógrafo, que me parece debe saber todo esto mejor que yo, podia haber continuado el rebusco gramatical de mis dos cartas, llenas de espinas para algunos que se creian invulne-

rables; y dexádose de pintarnos la casa de Sócrates, que á la verdad no era ninguna escuela de Cristo. Era una concurrencia nocturna de gentes de todos humores, y de condiciones y clases diversas. Sin embargo, debo hacer al dueño la justicia de que en las cosas irracionales nunca tuvo parte, ni con palabras, ni con el semblante, su aprobacion. Sufriria tal vez contra sus propios sentimientos aquellas franquezas é ingenuidades; como le sucede á un cafetero que prescinde de las clases de gentes y de sus costumbres, con tal que le lienen la casa y la acrediten. Esta era la causa tal vez de que el Sr. Q. ya por bondad, ya por deseos de sonar en la corte, ya por su poco conocimiento de los hombres, no ha tenido siempre la mas acertada eleccion en todos los que él ha llamado sus amigos ó tertulianos, como es público á todos los que han sido testigos de esta conducta, que en algunos era asunto de lástima. Pero él diria para sí: De paja

ó de heno mi casa hasta el techo.

Habiéndome extendido mas de lo que acaso necesitaba para manifestar al público que yo jamas he tenido, ni podido tener zelos ni envidia del Sr. Q. por su sabiduría, ingenio, reputacion, sueldos, ni honores; me resta desengañar para siempre á este mismo público, haciéndole ver que nuestra antigua amistad fué rota por el mismo Sr. Q. desde que apareció el librito intitulado Centinela contra franceses. Desde aquel momento no pudo disimular sus zelos al ver que no era el único que salia al público con su nombre y apellido insultando al tirano de la Europa. Vió que la Centinela salia dedicada á Lord Holland, amigo y honrador de ámbos: y con esto no padeceria poco su amor propio. Llegó á tanto su resentimiento por mas que lo disimulaba en el exterior, que habiéndose propuesto en el Semanario patriótico enriquecerlo con noticias públicas de las provincias; pasó por alto un aviso que acababa de imprimirse en la gazeta de la Coruña de primeros del mes de noviembre en que se anunciaba la llegada del referido Señor con toda su familia á aquel puerto, quien, como muy afecto á los españoles, venia á pisar tercera vez nuestro suelo para ser testigo de nuestros heroicos esfuerzos. Para darle mejor á conocer á toda nuestra nacion, decia el gazetero: este es aquel Señor ingles á quien Don Antonio Capmany dedicó su linda y preciosa obrita la Centinela. Bastó esto para que se omitiese la noticia, prefiriendo sepultar en el olvido el nombre de aquel insigne Señor y su amigo, á la pena de anunciar el mio. Si estas miserias no son zelos, ¿ que seran?

En el prospecto del mismo Semanario, de que el Sr. Q. era director, cabeza, y espíritu vivificante, se ofreció dar noticia de todas las obras impresas que se publicasen, con un ligero analisis de las que tuviesen algun mérito. Salió la Centinela; y so-

lo por ser mia, ó por no poder ser jamas de sus editores, a quienes veia todos los dias y trataba; no mereció ni el último lugar en aquel periódico, no digo para darle buena acogida, mas ni para anunciar su título seco y pelado, y el puesto en donde se vendia, copiando siguiera el cartel. Y esta conducta enemiga fué tanto mas reparable, quanto se anunciaban en aquellos dias otros impresos; y se llegó á dar noticia de algunos que aun estaban baxo la prensa, anticipando su recomendacion para prevenir compradores: verdad es que esta gracia, no ofrecida en el prospecto, solo se dispensahasá los amigos; y el autor de la Centinela ya no lo era ni podia serlo del Sr. Q. despues que mi pluma vulgar le quitó el sueño. No pudiera haber hecho mas el mismo Napoleon. ¿ Y esta es la justicia é imparcialidad de este vano oráculo que vomita siempre estos sagrados nombres? Si esto no es envidia ; que será pues? Desde entonces me negó la palabra; y yo, sin degradarme ya, no podia congratularle.

No se reduxo á estas demostraciones su conducta, que escandalizó á todos los patriotas de la corte que llegaron á entenderlo; sino que, no contentos los alumnos del Sr. Q., á quienes comunicaria su enojo como les comunicaba sus luces y decretos, jamas ninguno de ellos, ni su mismo dueño, con quienes me franqueaba para desengañarme, me preguntó por mi obra; y apenas me hablaban los que antes me daban la mano por no hablar de ella, como si el autor y la obra no hubiesen existido jamas. Sin embargo, en ausencia mia, bien la tenian presente, para censurarla y morderla como perros rabiosos en la libreria de Perez, donde se juntaba la envidiosa comparsa del envidioso D. Manuel. Allí se llegó á decir, entre otras lindeces, que aquella produccion me habia degradado, y hacia poco favor á mi pluma. Todo lo supe, y lo he callado hasta ahora, en que la lengua no ha de estar mas tiempo pegada al paladar. En aquella librería se fomentaria por la misma comparsa, no quiero llamar de malos españoles, sino de malos bichos de la sociedad de las letras, la publicación de una sátira que se compuso para imprimirla, con el titulo de Anti-Centinela Capmaniana baxo el nombre, sin duda apócrifo, de D. Mateo Tadeo. Temiendo sus fautores que no se lograse la licencia del juez de Imprentas, hacian esparcir y anticipar la idea de esta crítica maligna, para que llegase á mis oidos su título, ya que no llegase á mis ojos para quebrármelos. Pero no supo la tal pandilla de ociosos que el manuscrito original estuvo en mis manos, dexando á mi arbitrio el censor comisionado la extension del informe al juez, porque la indignacion no le permitia medir las palabras para execrar semejante atentado. Yo contexté: que lo dexase correr, porque el verdadero y legitimo censor, que seria el pueblo, ya les haria correr las calles de Madrid á su autor, u autores, no á pie ni á caballo, sino muy tendidos y descansados. como lo tenia de costumbre. Yo no debia hacerme justicia por mi mano, sino encerrarme en mi casa en aquel dia de juicio. Por fortuna, ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, porque con la aproxîmacion del exército frances se disipó el nublado. Vayan benditos de Dios. ¿ Podrán creer esto mis lectores insensatos, y los sensatos, si me leen? Callo otros incidentes de aquellos dias, en que tenia yo que ir por calles excusadas, escoger puesto oculto en el teatro, y buscar lo mas retirado del Retiro, por huir de los conocidos y de los no conocidos, siempre solo y solitario, y en que me llamaban unos, me bendecian otros, me abrazaban otros, hasta algunas mugeres, cuyos ojos llorosos de alegría despedian rayos de patriotismo. Todo esto veian ó sabian mis enemigos, para aumentar, con capa de burla, su encono. Mayor burla harian quando supieron que de algunos conventos de monjas me llamaron para conocer al autor de la Centinela, como si vo fuese un animal de las Indias.

Trasladado el Sr. Quintana á Sevilla, llamado y bien recibido, y puesto por cabeza de aquella secretaría que algun chusco llamó despues politécnica, nunca se pudo sacar la espina que traia clavada en su corazon desde Madrid. Ya que no de palabra, ni en trato público, porque yo tambien sé disimular, bien exerció su despique en quanto le permitia su empleo, y lo permitió mi prudencia y paciencia, porque yo entonces tambien servia al Estado, pero sin patente, ni título, ni nombramiento,

ni salario.

Entonces tenia yo á mi cargo la redaccion de la gazeta de la corte, que tuve que admitir á instancias, por no decir caricias, de los Señores D. Gaspar de Jovellanos de la Junta Central, D. Pedro Cevallos, secretario de Estado, y D. Martin de Garay, secretario general de aquella suprema Junta, porque en aquel momento apurado no hallaban otra mano sino la mia para restaurar este periódico del Gobierno, tan necesario para mostrar al mundo que exîstia un centro de la soberanía española. Admití este encargo, carga muy pesada para mi avanzada edad, fatigada de estudios y trabajos anteriores, y deteriorada con las penalidades de mi reciente emigracion, por dar la última prueba de mi amor á la causa santa de mi patria. Pero el tan patriota Sr. Q., en vez de ayudarme en esta empresa, que era toda del Gobierno que le mantenia, y no mia, hizo en todo el tiempo que mangoneó en su secretaría general quanto pudo para retardar, ó escasear, ú ocultar las noticias de oficio que debia haber franqueado á este papel público, único entonces; ántes bien interrumpia la comunicación y armonía que debia reynar con la primera secretaría de Estado, de la qual ha dependido siempre inmediatamente la direccion é inspeccion de la gazeta de la corte.

Yo no recibia, ni de primera ni de segunda mano, papel ninguno interesante; y quando venia alguno por Estado, así manuscrito como impreso, así del reyno como de paises extrangeros, llegaba á mi poder muy atrasado, y muy manoseado por los amigos, alumnos, ó pretendientes obsequiadores del Sr. Q., que iban á leerlos y disfrutarlos en la hora de la pequeña corte diaria que recibia su Señoría, de las doce á la una de la mañana, en la pieza del piscolabis de jamon, bizcochos, y xerezano, á que llamaban la junta chica: y jesto permitia dentro del mismo palacio la junta grande! Así se sabian algunas noticias, y se referian en cafés y tertulias algunos dias antes de poderlas yo insertar en la gazeta. Otras se las reservaba para su recien resucitado Semanario patriótico, que era lo que importaba á su desinteresado patriotismo. Yo tenia que suplir muchas veces la esterilidad de materiales con algunas observaciones y notas de mi cosecha para sostener la gazeta del Estado: él se reservaba las dichosas proclamas como patrimonio de su sublime y patriótica oratoria. Estas notas, que se leian con ansia por los cautivos madrileños, ofendian tambien el delicadísimo gusto de ese tiranuelo de la literatura, haciendo burla de ellas con el fallo de estilo vulgar, y de que yo chocheaba, quando algun emigrado recien venido preguntaba por mí. Y dirá ahora el mundo que me conoce, y el que no me conoce, que no soy hombre de paciencia, no habiéndole arrojado un dia de cabeza en el Guadalquivir quando se pavoneaba en el paseo con el flamante uniforme de covachuelo, que en otros tiempos lo trataba de librea? Quise en esta humillacion voluntaria, como en los desayres que creyeron hacerme en Madrid aquellos pobres trompetas, dar un testimonio perpetuo de que el autor de la Centinela hizo voto, desde que la publicó, de sufrir los tiros de sus ingratos conciudadanos, como las iras del enojado Tirano.

Ponderada la llama irónicamente el ex-secretario de la Estampilla; y yo le digo, que ponderada fue, ha sido, y será, á pesar de su señoría palatina, y de su señorío literario, mientras dure la memoria de los hombres de bien y de los españoles de casta. Ya quisiera el autor del ponderado, cacareado, y al fin ridiculizado Duque de Viseo poder añadir este lauro á su pasada, presente y futura reputacion. Me avergüenzo de haber de manifestar al público quan poco disimulado es el Sr. Q. siempre que cree ofendido su mimado amor propio; porque bien sabe que hablando un dia de las ventajas y desventajas de la memoria, me dixo que ésta era su verdugo, porque nunca olvidaba una injuria. Entonces, admirado, me desengañé de que puede mas el genio que la razon en algunos hombres. Esta anécdota la cito ahora, porque en la Chismografia literaria me recuerda su autor de que yo pregunté al Sr. Q., como admirado.

cen qué consistia que los poetas eran los únicos que salian á la palestra á cara descubierta, y que me contextó: porque los poetas no tienen miedo á los franceses. Si es verdad que yo le hiciese esta pregunta, como no lo dudo; esto mismo probaria que yo no tenia zelos de su oda ó calabaza, pues venia á celebrársela en la pregunta misma. En quanto al valor fué una fanfarronada poética, perdonable en el calor de haber hecho una accion laudable. Miedo, y mucho miedo tendria despues, y le confieso que lo tuve yo tambien por no mentir á lo poeta, pues poetas y oradores, y él primero que todos, tomamos las de villadiego mas que de paso quando nos saludaban las granadas en nuestras casas.

Restablecido en la Isla de Leon el Gobierno supremo, baxo de la denominacion y forma de Consejo de Regencia, se trató de restaurar la gazeta, cuya publicacion habia quedado suspensa desde la entrada de los enemigos en Sevilla. El Gobierno tuvo entonces que echar mano segunda vez de este gramático practicon, ignorante en los verdaderos principios del lenguage, para dar un segundo testimonio público y auténtico en ambos mundos de que no se habia extinguido la unidad de la soberanía española; y sí, solamente trasladádose su solio á lugar mas seguro. Fui llamado por los Señores Regentes en la Isla, obligándome con la urbanidad de sus razones, y buena gracia de sus ruegos, á que no pude resistirme, á tomar otra vez esta molesta comision. Entonces tuve que hacerme aposentador, administrador, agente, capataz, y casi mozo de la imprenta real, de la qual solo existia lo que se pudo salvar precipitadamente de Sevilla, y esto desarmado y depositado en unos almacenes. En peor estado, y sin auxílios ningunos, me habia encontrado antes en Sevilla, en donde tuve que mendigar una indecente imprenta particular, haciendo de regente, de corrector, de zelador, de vendedor alguna vez, y de redactor en una pieza en los primeros quatro meses. Dos veces desempeñé esta comision llena de penalidades, en la qual se dexó obrar mas á mi voluntad que á mi obediencia, pues la confianza verbal, y digamos famihar, con que me honraron los Centrales primero, y los Regentes despues, fué mi único título y nombramiento. He sido pues, sin saber como, dos veces restaurador de la gazeta emigrada, y restaurador últimamente de la imprenta real prófuga y desbaratada. no mimoso se omos

Bien sabrá el Sr. Q., que nunca me ha perdido de vista, que yo tambien he hecho proclamas sin estampar mi nombre, ni hacerme anunciar al público, por encargo del Gobierno supremo, sin ser su secretario ni intérprete; y creo que no ha tenido que arrepentirse de haberse entregado en manos de este pobre y casuista gramaticon. El Sr. Q. no puede ser juez de mi

gramática, y menos de mi retórica, y mucho menos de mi política, hasta que vuelva á estar tan sereno y racional como ántes de la publicacion de la Centinela causadora de tanta inquietud. Menos resentido yo de la Contextacion de mi adversario, porque á nada contexta de lo que incluyen las cartas del Patriota de Sevilla, sino con lamentos para llamar la compasion de los lectores, y con improperios escogidos para lucir el vocabulario de su cólera; puedo, con ánimo mas tranquilo que el suyo, decir ahora al indocto auditorio que me ha tocado: que el estilo del Sr. Q., quando quiere perorar proclamando, es de los que mas alucinan á primera lectura. Su eloquiencia de aparato de palabras es impostora, sin quererlo ser su autor; porque creo que es mas hábito adquirido que empeño suyo personal. Los lectores se preocupan; unos por carecer de criterio para juzgar, y otros por pereza de leer dos veces un escrito; y los del Sr. Q. se han de leer tres para desengañarse, y santiguarse despues. Esto se entiende quando quiere subirse á orador sin olvidarse que ha sido poeta. Los galicismos en voces y frases del Sr. Q. provienen sin duda de otra causa muy dificil de corregir en adelante. Hay personas á quienes una memoria extraordinaria, que hace su principal valor á juicio de la muchedumbre, les apaga la imaginacion: así pues, quando quieren inventar ó decir algo nuevo de propio marte, tropiezan con lo que han leido, y vienen á ser plagiarios sin que ellos mismos lo conozcan; y de este modo son siempre llevados en brazos agenos como niños.

Prosiga el Sr. Q. desempeñando descansadamente los empleos que le han tocado, y enseñando al público al mismo tiempo, ya que puede, sin faltar á las obligaciones que le imponen, distraerse á otras tareas literarias. No se crea este Señor de tan alta estatura, que para medirle de arriba á baxo necesite yo robar á la patria ni un solo minuto del tiempo que le deben mi destino y mi amor. Continúe dictando leyes, y esgrimiendo la espada de la censura desde la cátedra de su Semanario, que levantó luego que vió que la fortuna, que solo esta vez le torció el rostro, no le ayudaba para subir á la tribuna del Congreso nacional, pues ni pudo entrar en cántara, ni conseguir, á pesar de su nombre y fama, contarse en el número de los electores, ni con mucha distancia. ¿Para que querria ser diputado? para llamarse inviolable? ¡Pobre del que le hubiese tocado entonces un cabello! A falta de esto, nótese como se escuda en esta su desvalida Contextacion con la autoridad y nombre respetable de la Regencia, pretendiendo hacer causa comun un dependiente con las cabezas supremas: Aramos, dixo la mosca al buey. Esta ha sido, á sentir de los que tienen dos ojos en la cara, una cobarde morisqueta creyéndose invulnerable detras del broquel. Yo siempre le veo y le veré todo el cuerpo, y le asestaré los tiros á que me provoque otra vez su audacia; y no hay que banarse en la laguna Stigia, porque para mi este Achiles de la li-

teratura es todo talon.

Continúe, ya que le sobra tiempo, afilosofando á las damas para que se entiendan mejor con los filósofos. Pero ya sabe el Sr. Q. lo que les pasó en Madrid, no hace muchos años, á tres maridos, que se alababan de que sus mugeres recien afilosofadas ya comian jamon en viernes: así tuvieron ellos que arrepentirse, pero ya tarde, de los progresos de sus discípulas.

Bien podrá el Sr. Q. quejarse todo lo que quiera de mí hasta que la suerte ó la muerte nos separe; pero no de los acasos de nuestra revolucion, que no le han sido hasta ahora adversos. Se halla honrado, promovido, y dotado con el sumo sueldo que goza á los sesenta años de servicio un Capitan General de los Exércitos, y sin las obligaciones de otros muchos, pues no tie-

ne muger ni hijos que mantener.

De las desventuradas proclamas se deslizó el Sr. Q. á otros puntos ya demasiado personales, excitándome á que aquello que empezó la crítica lo acabe la sátira. El fin del patriota disimulado no fué otro que reducir al Sr. Q. á reconocerse por un hombre como los demas, y tan pecador como yo; y á que renunciase al oficio de proclamista, en el qual no habia sido hasta ahora muy feliz. Así pues, nada tengo que contextarle acerca de las dos proclamas en que empleó su pluma para los americanos. A un escritor público no le salva la sana intencion, si le falta la prudencia: no le basta ver, si no prevé lo que no puede ver. No se canse, pues, en justificarse delante de quien no le ha hecho cargos, ni le ha de juzgar: las juntas insurreccionales de Buenos-Ayres y Carácas, que las leyeron y las citan, le darán la respuesta.

Al Sr. Q. no se le podia ocultar que todo quanto he manifestado en este escrito, pues lo he tenido secreto hasta ahora, lo hubiera guardado hasta la muerte, si en lugar de pelear como mero literato, no se hubiese propasado á vulnerar mi reputacion moral y política, á cuya defensa tengo derecho como ciudada-

no, y como escritor.

He reservado para despedirme del Sr. Q., y no molestar mas tiempo á los lectores, porque el proceso sería muy largo, la maligna, pero impotente denuncia, que hace al público de aquella carta que por julio del año pasado cayó en manos de los enemigos con la correspondencia pública que salia de Cádiz para levante, y fué interceptada por ellos. Esta era una carta privada y confidencial á un amigo que acusaba mi silencio quando mas necesitaba de pasto racional para divertir su imaginacion. Entre juegos de vocablos, y antítesis festivos, entre chanzas y veras, esto es, en estilo entreverado, que repugna á

la gravedad del Sr. Q., le comunicaba algunas noticias de lo que vo veia y oia en esta ciudad, pues no le habia de hablar de lo que pasaba en Pequin. Las dentelladas que en ella, segun la expresion del miserable delator, tiraba yo a la Regencia, fueron recibidas con tanta insensibilidad, por no decir fruicion, que levendo la carta no podian contener su risa los mismos Regentes, al verse tan bien pintados; y alguno de ellos me lo significaba despues en el paseo quando me encontraba repitiéndome el chiste. Las dentelladas à la junta de Cádiz eran verdaderamente un reconocimiento de su autoridad y sumo poder, pues á la sazon era la recaudadora y administradora del Erario público, de cuya mano pendia nuestra subsistencia. Las dentelladas á los ingleses sobre el bruñido de sus dientes y botas, su paso de ordenanza, y su diversion en los bayles de gitanas, dexando para nosotros los suspiros, no tuvieron otro efecto que empeñarse desde aquel dia hasta hoy en honrarme y distinguirme mas que antes. En el mismo dia en que se hizo pública mi carta tuve el honor de comer en casa del señor Ministro Británico, en cuya mesa me cercaron los convidados de aquella nacion para glosar conmigo el chiste del párrafo que les tocó.

La otra dentellada, ya que el Sr. Q. me trata como á jabalí, que dí á su persona, y de que tanto se resiente para que se hable de ella aun despues de muerta, no fué otra cosa que el haber cubierto su nombre y apellido con el velo alegórico del Randuntur portae, para que solo el amigo me entendiese, y los franceses se quedasen en ayunas. Pudiera haber callado el Sr. Q. esta anécdota; á menos de que quiera que yo descubra la alusion y su ridículo orígen. Desengáñese el Sr. Q. que las tales dentelladas no han hecho mella sino en sus delicadísimas carnes. No digo mas sobre este asunto, porque no conviene á mis lectores, ni á la nacion, ni al Sr. Q. que yo exponga en es-

He have wade para despeditme del Sr. Q., v no molestar

squalla cara que por julio del uño pasedo cayo en manos de

changes y verse, ceto ce, sq cetilo entroverado, que repugue d

te momento lo mucho que se me ofrece callar.